

EL LLAMADO “PROBLEMA DE ESPAÑA”: MITO Y REALIDAD

**A José Luis López Aranguren, maestro ejemplar, en el centenario
de su nacimiento**

El llamado "problema de España" –expresión usada la mayoría de las veces con una alta carga ontológica e ideológica, en la acepción peyorativa de ambos epítetos- ha concitado una amplia literatura y se ha visto impregnado de connotaciones diversas, no exentas a veces de algunos equívocos. Sin embargo, pensamos que para aclarar su significado no hay nada mejor que remontarse a la propia génesis del problema. Desde este punto de vista, la cuestión se reduce a un parámetro indiscutible: la peculiar trayectoria histórica que España toma desde finales del siglo XVI al margen de la modernidad europea, fenómeno que ha conllevado una serie de secuelas inevitables en los diversos aspectos de la vida del país. En el orden intelectual presenta un repertorio de perfiles conflictivos, que han traumatizado considerablemente la historia de nuestro pensamiento. La manifestación más directa y expresiva de tales traumas ha sido sin duda la escisión de la conciencia nacional como clara correspondencia ideológica de paralelos conflictos en el terreno social y político. Esta situación es en suma la que ha provocado con frecuencia que la mayoría de las energías intelectuales se concentren no tanto en la transformación y progreso del país como en la búsqueda de la identidad nacional.

Históricamente, las críticas más tempranas de la minoría intelectual disidente al rumbo histórico oficial se dirigirán al hecho palpable del aislamiento de España del resto de Europa, fenómeno que comienza a hacerse asfixiante a partir de 1580. Todo el empuje y dinamismo del saber renacentista, que tan espléndidas aportaciones había tenido

en España, empiezan a truncarse justo en el momento crítico en la evolución del saber occidental: el tránsito del Renacimiento a la ciencia moderna. Cuando llega el examen de conciencia generalizado tras el desastre nacional de 1898, Cajal considerará en *Los tónicos de la voluntad* este aislamiento que el país sufrió, salvo contados períodos, como la causa principal de nuestra decadencia. Y Ortega, por su parte, lo ponderará de modo similar, llamándolo la "tibetanización" de España. Una de las manifestaciones más significativas de este problema será la frecuente polémica sobre la "europeización", polémica ya de por sí reveladora de la atipicidad de nuestra situación cultural respecto al paradigma europeo, pues en otras latitudes occidentales sería poco comprensible. A ningún francés, inglés o alemán se le ha ocurrido nunca preguntarse si debe europeizarse. Ellos se consideran sin más Europa.

En sus orígenes, pues, el problema de España discurre al hilo de un pensamiento crítico, formulado por parte de una minoría disidente, respecto al rumbo de la política de la Monarquía en sentido contrarreformista y aislacionista, y a medida que avanza el siglo XVII, expresa la toma de conciencia ante la decadencia material del país, poniendo ya abiertamente en cuestión el ideario político y cultural oficial. Estamos en este caso ante los primeros "novatores" que registra la historia de nuestro pensamiento. No faltan testimonios en los que esta minoría patentiza su desacuerdo con la situación del país. En 1579 se publica el libro de Reinaldo González Montes, *Descubrimiento de las bárbaras, sangrientas e inhumanas prácticas de la Inquisición española*. En la primera mitad del XVII, el tema se plasma en numerosos escritos: *La Restauración de España* (1607), de Cristóbal de Mesa; *La Restauración política de España* (1619), de Sancho de Moncada; *Conservación de monarquías* (1626), de Fernández de Navarrete, y no digamos en las obras de Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo.

De la opinión de los "novatores", que comienzan a realizar dificultosamente su obra en las dos últimas décadas del siglo, valga como muestra las siguientes palabras tomadas de la *Carta filosófica, médicochymica* (1687), de Juan de Cabriada, uno de los máximos representantes del quehacer moderno en el ámbito de la Medicina: "Que es lastimosa y aun vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por Europa. Y asimismo, que hombres a quienes tocaba saber esto se ofendan con la advertencia y se enconen con el desengaño. ¡Oh, y qué cierto es que el intentar apartar el dictamen de una

opinión anticuada es de lo más difícil que se pretende en los hombres...!

¿Por qué para un fin tan santo, útil y provechoso como adelantar en el conocimiento de las cosas naturales (sólo se adelanta con los experimentos físico-químicos) no habían de hincar el hombro los señores y nobleza, pues esto no les importa a todos menos que las vidas?" (1).

En la primera mitad del siglo XVIII, nos encontramos con la sugestiva y lúcida figura de Fray Jerónimo Feijóo. Hay que apuntar al respecto que las más recientes investigaciones (Piñero, Mestre, etc.) han obligado a replantear la visión que sobre su obra se tenía antaño, sobre todo, tras el conocido libro de Marañón (2): se presentaba a Feijóo como la voz que clamaba crítica y aislada en el desierto cultural de la época. Por el contrario, desde el nuevo prisma, el benedictino aparece como el difusor y portavoz literario de la mentalidad de los científicos novatores. Tal vez donde con mayor nitidez se aprecia este hecho sea en su carta sobre las "Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales" (3). En ella encontramos párrafos tan significativos como los que

1 El título completo es: *Carta filosófica, médico-chymica. En que se demuestra que de los tiempos, y experiencias se han aprendido los mejores remedios contra las enfermedades*, Madrid, 1686 (1687), p.27-28 Y 216-17. Sobre el significado de la obra de Cabriada, cfr. los trabajos de José María López Piñero, "Juan de Cabriada y las primeras etapas de la iatroquímica y de la medicina moderna en España", en *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 2, 1962, p. 129-54, Y "La Carta filosófica, médico-chymica (1687), de Juan de Cabriada, punto de partida de la medicina moderna en España", en *Asclepio*, 17, 1965, p.207-214.

2 El libro en cuestión se titula *Ideas biológicas del Padre Feijóo*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1934. Asimismo, en su artículo rotulado "Los amigos del Padre Feijóo", incluido en su libro *Vida e Historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, comenta lo siguiente: "El siglo XVIII fue de trágica inopia para la Medicina. Las Universidades, en su primera mitad, estaban en plena decadencia, y, dentro de ellas, era la Facultad Médica la más afectada por la vacuidad de sus profesores; ...natural que así fuera: porque la decadencia política y la pobreza del país tenían que repercutir especialmente sobre la ciencia" (p. 78). Ideas que han sido completamente rectificadas y matizadas por recientes investigaciones en historia de la ciencia y del pensamiento, desde López-Piñero a A. Mestre. Véase del primero, sobre todo, *La introducción de la ciencia moderna en España*, Barcelona, Ed. Ariel, 1969; y del segundo, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Valencia, 1970, y *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, Ed. Ariel; 1976. Son también imprescindibles en este aspecto obras como *La Universidad española (Siglos XVIII y XIX)*, de Mariano y José Luis Peset, Madrid, Ed. Taurus, 1974, y *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle*, de François López, Burdeos, 1976. y desde el punto de vista demográfico y socioeconómico, pueden consultarse los trabajos de Nadal Oller, Giralt, Elliot, Domínguez Ortiz, P. Vilar, Vicens Vives, Fontana, Hamilton y R.S. Smith.

3 *Cartas*, II, 1745. Manejamos aquí la edición de la Biblioteca de Autores Españoles, t. LVI, Madrid, 1952, p. 540.

siguen: Entre las causas principales de este atraso, Fray Benito señala "la preocupación que reina en España contra toda novedad. Dicen muchos que basta en las doctrinas el título de nuevas para reprobarlas, porque las novedades en punto de doctrina son sospechosas... Basta nombrar la nueva filosofía a muchos profesores, para conmovier a éstos el estómago. Apenas pueden oír sin mofa y carcajada el nombre de Descartes. y si les preguntan qué dijo Descartes, o qué opiniones nuevas propuso al mundo, no saben ni tienen qué responder, porque ni aún por mayor tienen noticia de sus máximas, ni aún de alguna de ellas." Asimismo, Feijóo estima como otra de las causas "el celo, pío sí, pero indiscreto y mal fundado, el vano temor de que las doctrinas nuevas en materia de filosofía traigan algún perjuicio a la religión". Y su respuesta es muy reveladora del esfuerzo por conciliar catolicismo y modernidad: "Ya se ha hallado que con el mecanismo se puede componer todo el mundo material, sin vulnerar en punto alguno la religión. Prueba clara hacen de esta verdad innumerables sabios de varias religiones en los demás reinos, celosísimos por la fe católica". Y llega a decir incluso: "Doy que sea un remedio precautorio contra el error nocivo cerrar la puerta a toda doctrina nueva. Pero es un remedio, sobre no necesario, muy violento. Es poner el alma en una durísima esclavitud. Es atar la razón humana con una cadena muy corta. Es poner en estrecha cárcel a un entendimiento inocente, sólo por evitar una contingencia remota de que cometa algunas travesuras en adelante".

En la segunda mitad del siglo XVIII, las denuncias por parte de los ilustrados de esta resistencia a toda novedad y a todo signo de modernidad es casi constante. El Conde de Campomanes, en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, recuerda que ya en el siglo XVI, fray Juan de Medina deseaba que no se le acusara del delito de "novedad", y, comentando este texto, añade: "Este razonamiento hace ver cuán antiguo es censurar todo lo nuevo en España, por bueno y conveniente que sea"(4). Por su parte, Jovellanos, en un discurso dirigido a la Sociedad de Amigos del País de Asturias, pronuncia estas palabras: "La preocupación, inseparable compañera (de la ignorancia), levanta a todas horas el grito contra toda novedad, sin examinar si es útil, y declama continuamente en favor de las máximas rancias, por más que sean erróneas y funestas. Ambas prefieren el mal conocido al bien por conocer"(5).

4 Cfr. SARRAILH, J.: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 18.

5 Este discurso es probablemente de 1781. Cfr. J. SARRAILH, op. cit., p. 19.

En esta época se produce igualmente el episodio conocido como el primer hito de la polémica de la ciencia española. No es el momento de analizar aquí el debate, pero sí de señalar un par de cosas frente a interpretaciones un tanto tópicas que aún siguen circulando, particularmente, porque se contempla tal controversia desde la óptica romántico-nacionalista propia del siglo XIX. En primer lugar, el artículo sobre España aparecido en la sección de "Geografía Moderna" de la *Enciclopedia Metódica* (1782), firmado por Masson de Morvilliers, en plena efervescencia francesa pre-revolucionaria, respondía más bien a un afán de crítica de las instituciones del Viejo Régimen, como todo el pensamiento enciclopedista de esos años, que a un propósito deliberado anti-español. La situación española es tomada, lo mismo que acontece en la misma Enciclopedia con otros países como Rusia, Alemania en parte, etc..., como caso paradigmático de lo que había que combatir. De hecho, el artículo es contestado, antes que en España, por autores franceses defensores de la institución monárquica. Una intención similar preside la respuesta del abate Cavanilles, residente en París, o del abate italiano Denina, funcionario de la Corte de Federico II de Prusia. Luego, cuando el debate se traslada a España, sigue discurriendo por el mismo cauce de crítica o defensa de las instituciones feudales, tal como podemos comprobar en el ánimo de los primeros participantes, Cañuelo y Forner.

En segundo lugar, como han señalado muy certeramente Ernesto y Enrique García Camarero, "en este debate no se discutía tanto la existencia de cultura científica en España como la utilidad o inutilidad de las ciencias físico-naturales para promover el bienestar del país; mientras los renovadores defienden el cultivo de las ciencias naturales como medio de propiciar el desarrollo económico de España, los tradicionalistas -Forner fue uno de sus más claros exponentes-, satisfechos con la situación social existente, sólo veían en el cultivo de las nuevas ciencias naturales y de la nueva filosofía un germen de incredulidad y desórdenes sociales"(6). Por ello, la polémica se convierte en este punto en un baremo altamente expresivo para analizar la presencia social de la modernidad en España. La conciencia de la utilidad de la ciencia para el fomento del desarrollo material era una de las claves de la cultura moderna europea. Ortega dirá en cierta ocasión que es la ciencia la que representa "la única garantía de supervivencia moral y material en Europa"(7). Sin embargo, la

6 GARCIA CAMARERO, E. Y E.: *La polémica de la ciencia española*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 9-10.

7 ORTEGA Y GASSET, J.: "Asamblea para el progreso de las ciencias", *El Imparcial*,

actitud de la sociedad y del Estado en España ante el fenómeno científico y sus implicaciones productivas ha sido más bien, salvo en el caso de las minorías ilustradas de cada época, de signo contrario y anti-moderno, esto es, se ha ignorado la relación ciencia-progreso material y desde el prisma tradicionalista sólo se la ha considerado como asunto peligroso y alterador del buen orden social y moral.

Esta ausencia en la mentalidad social de nuestro país de una actitud activa ante la naturaleza, esta falta de apelación al recurso científico-técnico para dominarla y crear riqueza, fue muy bien captada por los viajeros románticos de la primera mitad del siglo XIX, hecho que suelen poner de manifiesto a propósito de las más diversas manifestaciones de la vida cotidiana del país. Así, Richard Ford, que se pateó el país a fondo, escribía en 1846: "Provinciano del todo, el español toma los bienes tal como los dioses se los envían, como los tiene a mano... Una bodega de una casa particular donde haya vinos raros y exquisitos, es una cosa aún más extraña que una biblioteca con libros extranjeros". Y al hablar del marqués de Santa Cruz, nos cuenta una anécdota muy curiosa y muy reveladora del "abandono tradicional de los españoles y de la manera que tienen de hacer las cosas". "Este verdadero prócer -nos narra-, uno de los más distinguidos entre los aristócratas por su jerarquía y su talento, cenaba una noche con un embajador extranjero en Madrid. Este señor era gran aficionado y entusiasta del vino de Valdepeñas (como todas las personas juiciosas deben serlo), y se tomaba mucho trabajo para conseguirlo puro, enviando a buscarlo con personas de confianza y en barriles en condiciones. En cuanto el marqués se llevó la copa a los labios exclamó: ¡Magnífico vino! ¿Cómo se las arregla usted para comprarlo en Madrid? Me lo envía -replicó el embajador- su administrador de usted en Valdepeñas y tendré mucho gusto en procurarle a usted un poco de él"(8).

La segunda mitad del XVIII es también la época en que los sectores tradicionales van a poner en marcha, para hacer frente a las reformas de los ilustrados, una operación "casticista" y "populista", que tendrá un eco escandaloso en el motín de Esquilache. Es el momento en que el folklore andaluz, con sus fuertes ingredientes gitanos y flamencos, salta al primer plano de la vida nacional. El majismo, el flamenquismo, las corridas de toros, los gestos chulescos y el modo de vida castizo se ponen de moda. Goya captará este fenómeno en sus cuadros de forma inimitable.

27-VII 1908 y 10-VIII-1908.

8 FORD, R.: *Las cosas de España*, Madrid, Ed. Turner, 1988, p. 164-65

En adelante, esta oposición entre un casticismo, instrumentalizado políticamente por los sectores tradicionales, y la voluntad modernizadora será una de las constantes de la historia cultural española, a la par que colocará a muchos intelectuales en una posición verdaderamente incómoda. Frente a esa manipulación tradicionalista del casticismo protestará airadamente Unamuno en sus ensayos *En torno al casticismo*. Unos años más tarde, en el decurso de la Guerra de la Independencia, un drama similar entre la causa patriótico-popular, claramente monopolizada e instrumentalizada por los sectores tradicionales, y la voluntad renovadora atrapará la conciencia de hombres como Blanco-White, Ramón Campos o la de muchos josefinos.

Hay que destacar asimismo que el desarrollo de esta primera polémica de la ciencia española en el siglo XVIII ofrece un perfil más pragmático y diáfano que en el XIX, donde los prejuicios ideológicos o las consideraciones psicosociales, como veremos más adelante, acaban por enmascarar y diluir el verdadero problema. El pensamiento del XVIII se plantea casi siempre bajo tonos realistas y orgánicos, muy apegado a los intereses y necesidades materiales y sociales. Cuando Forner insiste en que la felicidad y grandeza del país radica en el cultivo de las ciencias políticas, teológicas y militares, no oculta sus propios intereses y los de la España tradicional. Pero no se le ocurre decir, como se dirá más tarde, que el español no sirve por naturaleza para otro tipo de saberes. Por otra parte, su contrincante Cañuelo se expresa del modo siguiente: "Los errores comunes, fuentes de nuestro abatimiento y nuestra pobreza: esos errores que inutilizarán, como han inutilizado hasta aquí, todos los desvelos de nuestro gobierno, pues que contra el común error no tiene poder ninguno la legislación más prudente y sabia; o se disiparían del todo, o se disminuirían hasta no tener fuerza alguna. Al mismo paso que se extirpaban nuestras preocupaciones, crecerían nuestra agricultura, nuestras artes y nuestro comercio, para cuyo decaimiento no puede señalarse ninguna causa física, ni moral en nuestro clima, ni en nuestro carácter, que seguramente les son, por el contrario, sin comparación, más favorables que los climas y caracteres de otras naciones donde no obstante hoy florecen"(9).

Finalmente, es preciso destacar que el denostado Masson de Morvilliers se expresa igualmente en términos, que cualquier ilustrado de la época podía suscribir: "El español -comenta en su artículo- tiene aptitud para las ciencias,

9 CAÑUELO, L.: "Al que del necio error supo librarse" (Discurso CX), *El Censor*, Madrid, 1786, t. V, p. 775.

existen muchos libros y, sin embargo, quizá sea la nación más ignorante de Europa... Acusamos solamente al gobierno: es éste quien en todos los países crea guerreros, sabios, agricultores y hombres. España, esta nación hoy paralizada, tiene necesidad de una gran sacudida que la saque del letargo político en que se encuentra... España, en fin, cuenta ya con varios sabios célebres en física, historia natural. ¡Un esfuerzo más y quién sabe hasta qué punto puede elevarse esta magnífica nación!"(10).

Pero, como es sabido, esa "gran sacudida" nunca llegó de veras. La gran obra renovadora de los ilustrados se trunca a fines del siglo XVIII, cuando se produce el repliegue y viraje de la política interna española tras el desencadenamiento de la Revolución en Francia. España va a tener en este sentido la rara suerte de padecer todos los efectos de políticas anti-revolucionarias sin haber tenido nunca una revolución previa. Las reformas ilustradas tampoco habían podido calar muy hondo en la estructura de la sociedad española. En realidad, no se podía hablar todavía en nuestro país de burguesía como clase organizada. Las resistencias tradicionales fueron grandes, y los recursos empleados en la consecución de los objetivos propuestos no fueron suficientes. Tres años antes de que estallara en Francia la Revolución, esto es, en 1786, escribía Cañuelo: "Aún permanecen en pie los principales obstáculos... No se arrancó de raíz ninguno de los impedimentos que de largo tiempo les habíamos opuesto"(11)

En los comienzos del siglo XIX, España perderá una gran oportunidad para transformar a fondo sus estructuras arcaizantes y acelerar su modernización al abrigo de los aires renovadores que recorrían toda Europa. Pero una vez más no pudo ser. Y no sólo se malgastaron las energías nacionales en una serie de peripecias bélicas y políticas de escasa rentabilidad modernizadora, sino que el siglo se abrirá con una guerra civil entre españoles, por más que se intente disfrazar el conflicto bajo el signo romántico-nacionalista del independentismo. Y al perder el tren de una revolución burguesa integral, se trastoca también el ritmo del pensamiento. En la primera mitad del XIX se interrumpe la continuidad con la razón ilustrada, y prosperan filosofías típicas de una situación pre-industrial. Sólo en el último tercio del siglo, y coincidiendo

10 MASSON DE MORVILLIERS, N.: "Espagne", artículo incluido en la sección *Géographie Moderne* de la *Encyclopédie Méthodique*, t. I, París, 1782, p. 554-68.

11 CAÑUELO, L.: "Contra nuestros apologistas" (Discurso CXIII), *El Censor*, Madrid, 1786, t. VI, p. 841-68.

precisamente con un cierto despegue económico e industrial, aunque fuera periférico y fragmentario, se puede percibir la utilidad de una filosofía como la positivista.

En el orden social, esa oportunidad de transformación perdida va a engendrar una correlación de fuerzas peculiar a lo largo de nuestra historia contemporánea: el sector tradicional no será, como en los países que habían hecho su revolución burguesa, una fuerza residual, sino que tendrá una presencia mucho más fuerte y poderosa, a la par que la revolución liberal no pasará de ser en rigor, una revolución a medias. De este modo, la sociedad española va a presentar en adelante un perfil profundamente escindido, escisión que se traduce en el plano intelectual en una creciente polarización ideológica, y en el terreno político, en una larga cadena de sucesivas guerras civiles, desde las llamadas carlistas hasta la guerra civil por antonomasia del año 36. De la "España posible" en tiempos de Carlos III, en expresión de Julián Marías, se pasa así a un enfrentamiento abierto y sangriento entre las "dos Españas."

(Resumen de una charla pronunciada en el Seminario de Filosofía de la Universidad de Heidelberg en noviembre de 2008)

Diego Núñez